

mente se burló el Rey, asegurándole que el sombrero de Cardenal que le enviaba el Papa, lo encontraría sin cabeza en que portarlo. Los libros piadosos están llenos de estas historias; y Lope de Vega y otros autores dramáticos las han presentado hasta en el teatro. Bien las conocéis; pero este mismo conocimiento hace que no se comprenda todo lo terrible de esa época infausta, y muchos se imaginan que estos sangrientos episodios se debieron á un momento de delirio que pronto pasó, ó se moderó como en las Revoluciones de Francia ó de Méjico, para abrir paso á la tolerancia y á la libertad. ¡Ah, no fué así! Lo que más tarde sucedió, parece copia también de lo que el libro de los Macabeos sigue narrando de Israel.

«Su Santuario quedó desolado como un yermo, sus días festivos se cambiaron en llanto, sus sábados en oprobio, sus honras en nada. A proporción de su gloria se multiplicó su ignominia, y su grande altura feneció en luto, y escribió el Rey á todo su reino que todo el pueblo fuese uno y que cada uno abandonase su propia ley.

«Y expidió decretos para que siguiesen las leyes de la tierra. Y prohibió hacerse en el templo de Dios holocaustos, y sacrificios, y propiciaciones; y prohibió celebrar el sábado y los días solemnes. Y mandó que fuesen profanados los lugares santos, y que todos cuantos no obrasen conforme á los mandatos del Rey, muriesen.»

Ni más ni menos sucedió en la Isla de Santos; con

la diferencia que las leyes draconianas contra los católicos, y los suplicios, y los tormentos, y las crueles ejecuciones, y las rapiñas, y las proscripciones, no duraron breves meses, sino casi dos siglos.

Dos siglos, sí, aunque parezca imposible, dada la reputación de humanidad y de cultura que circunda cual brillante auréola al pueblo británico. Tras de breve respiro, bajo el reinado de María, volvió el furor de persecuciones bajo la implacable Elisabeta, y salvo pasajeros intervalos, duró hasta las vísperas del siglo pasado, es decir, desde 1560 hasta 1790.

Oid un breve extracto de las famosas leyes penales, vigentes en ese larguísimo período, y que en realidad aún no se han derogado totalmente. Toda persona que tuviera ó pretendiera tener facultad de absolver, ó que intentara apartar á otros de la religión protestante, ó se dejara persuadir á separarse de ella, ó sirviese de intermediario ó consejero, se declaraba reo de alta traición. Por celebrar misa se imponía la pena de doscientos marcos de plata y un año de prisión; por oírla se aplicaba la misma pena corporal, aunque la multa era sólo de cien marcos. Por no asistir al templo protestante había que pagar una multa de veinte libras esterlinas al mes; y para evitar que se ocultasen sacerdotes en las familias, bajo la apariencia de preceptores, se condenaba á un año de cárcel á quien no sujetaba á los maestros de sus hijos á la aprobación del Obispo protestante.

No estaba entonces, es cierto, organizada la policía

como en nuestros días; pero los premios ofrecidos á los denunciadores, centuplicaban los espías. Se estableció, aunque con otro nombre, una inquisición más dura mil veces que la ponderada de España, y la *Sala Estrellada* (Star Chamber) devoraba más víctimas en un mes que el tremendo Santo Oficio en cien años. No se encendieron hogueras como en Valladolid; pero las ejecuciones de Tyburn superaban en crueldad y en escarnio, á los más refinados suplicios del tiempo de Nerón. La tortura era admitida entonces en todas las legislaciones de Europa; y en Londres, el católico que entraba á la Torre famosa, tardaba más en cruzar el dintel de la prisión, que en ser extendido sobre el potro; y los helados calabozos, que aun hoy día se enseñan al viajero, encerraban más horrores que el Puente de los Suspiros de Venecia ó el *agujero negro* (black hole) de Calcutta, cuyo recuerdo hace estremecer á los ingleses.

Para que veáis que no exagero, escuchad la narración de un martirio, de un solo suplicio entre mil, á cual más crueles.

Entre los celosos Apóstoles que resolvieron á toda costa impedir que se perdiera la fe en su desgraciada patria, ocupan un lugar importante dos célebres jesuitas, de muy diversos caracteres, pero ambos doctos, ambos de distinguida familia y educación, ambos igualmente impertérritos. El uno era Champion, últimamente elevado al honor de los altares; varón serio y reposado, aunque no menos valiente que su compañero. Este

era el inolvidable Persons, de carácter alegre y amigo de bromas, de grandes fuerzas, agilidad poco común y singular talento para disfrazarse con trajes inverosímiles y burlar á sus perseguidores. Con el uniforme de soldado, el más cómodo disfraz en aquellos tiempos, arribaron á las vedadas playas de su patria, y desde luego empezaron á consolar á los perseguidos católicos, á convertir á no pocos de los que habían abandonado la antigua fe, y sostener el valor de muchos que empezaban á flaquear.

Sus piadosas hazañas los señalaron á los espías y al gobierno, y tuvieron que separarse para mejor cumplir con su misión y eludir las pesquisas de sus enemigos. Persons se quedó en Londres, y gracias á sus ingeniosos ardidés, parecía multiplicarse, y á todas partes se introducía, aun á la presencia de la Reina misma, siempre rompiendo los lazos que se le tendían, y salvando, por último, el Estrecho de Dover, cuando su permanencia en Inglaterra dejó de ser útil á sus hermanos.

No así el tranquilo Champion. Por un año eludió la vigilancia de los cazadores de padres (como se les llamaba), y recorrió casi toda la isla, deteniéndose dondequiera que había católicos á quienes socorrer. La persecución había llegado á su colmo. A cincuenta mil ascendía el número de sospechosos de catolicismo inscriptos en los registros de policía, y las cárceles de las provincias rebosaban de sacerdotes, ó individuos acusados de serlo, ó de haber albergado á ministros católicos.

En una casa hospitalaria fué sorprendido el Padre Campion, y puesto varias veces en el tormento, se le arrancaron, más por dolo que por fuerza, los nombres de algunos de sus hermanos y amigos que fueron á hacerle triste compañía. Todos, muchos entre ellos clérigos, otros seglares, fueron condenados á morir como traidores. En Campion solo y en algunos otros se ejecutó por entonces la fatal sentencia. Arrastrado por un caballo fué conducido al suplicio. Colgado de altísima horca, fué cortado el cordel cuando aún respiraba. Descuartizado luego, ó más bien despedazado vivo, vino por último el *desentrañamiento*, empezando con sacar el corazón aún palpitante, y siguiendo con las demás vísceras, que se arrojaron al fango.

Este fué el pan cotidiano con que *la buena* Elisabetha alimentó á su pueblo durante su largo reinado. Estos fueron los dulces espectáculos con que se deleitaban las tiernas doncellas y púdicas matronas, y los humanitarios cristianos que clamaban contra las hogueras de Felipe segundo y las corridas de toros de España. Este fué el sistema que sirvió de norma al gobierno británico hasta la llamada ley de *emancipación católica* en 1778. Esta ley fué un alivio; pero á ella siguieron tales motines, y matanzas é incendios de capillas y hogares católicos por parte del pueblo, que hubo muchos que clamaban que eran preferibles las leyes penales en todo su vigor, á ese estado de continua zozobra y á esa muerte en medio de las llamas.

Hacia la mitad del siglo que acaba de expirar, cam-

bió este cuadro de horrores, de que os suplico apartéis ya la vista, para fijarla en la Inglaterra católica, renaciente á nueva vida y llena de vigor y de entusiasmo. Esta es la que, apoyada en mi mano, hoy os saluda como hermanos, y trata de ganaros con su dulce sonrisa.

III

Renacimiento católico de Inglaterra, yo te saludo con profunda emoción. A los ecos de tus himnos de gracias abrí los ojos de la razón, y aunque sin acertar por entonces á comprender tu grandeza, me fascinó el fulgor de las estrellas de primera magnitud que brillaron en tu límpido cielo. Todas ellas me calentaron con sus rayos vivíficos; pero más que ninguna, el astro que formaba el glorioso centro del nuevo sistema.

No fuí discípulo del célebre cardenal Wiseman; ya había dejado el magisterio, cuando circunstancias extraordinarias me pusieron bajo su tutela. Pero esto mismo me proporcionó el conocer y tratar á los insig- nes personajes que hicieron revivir la fe en aquel Reino, y oírlos conversar sobre asuntos de vital importancia, que entonces no entendí, pero que después he recordado y recuerdo con inefable deleite. ¿Quién se preocupaba del niño de lejanas tierras, que distraído se calentaba al fuego en las vacaciones de Invierno ó respiraba el aire fresco asomado á la ventana durante las ferias estivales en la morada del gran Cardenal? En su presencia se hablaba sin rebozo; y él atesoraba en su

memoria frases y sentencias, cuyo significado sólo ha podido penetrar en sus últimos años, al leer la historia de acontecimientos que se desenvolvían ante sus ojos, sin que él lo percibiera.

Tal vez no estoy del todo libre de vanidad al recordar estos episodios de mi infancia; pero mi objeto es haceros ver la conexión entre la Iglesia actual de Méjico y la de Inglaterra, al menos por lo que atañe á las personas, y probaros que no estoy fuera de mi lugar al abogar por la causa que se me ha encomendado.

Cuando se ensaña la persecución contra la Iglesia; cuando se establece un sistema de opresión constante y duradera, violenta sin aparecerlo, cruel con visos de justa, fanática cubierta con la máscara del patriotismo, uno de dos caminos tiene que adoptar el pueblo oprimido: el uno, levantarse en armas como los macabeos, arriesgar el todo por el todo y combatir hasta vencer. El otro es sufrir como los mártires de Roma de los tres primeros siglos, como los mártires ingleses de los siglos XVI, XVII y XVIII, sufrir con esa invicta paciencia que asegura el triunfo definitivo. Para obtenerlo, la lucha pasiva ha de ser franca, sin compromisos, sin vacilaciones: después entrará la diplomacia; pero si con ella se empieza, la victoria jamás llegará.

Cuando en los comienzos del último pontificado, la exquisita urbanidad y flexible condescendencia de León XIII empezó á dar tan buenos resultados, no faltaron ingleses que exclamaran: Si de esta suerte se hubiera

obrado al estallar el cisma de Enrique VIII; si los Papas de entonces hubieran lisonjeado á Elisabeta, como ahora se hace con Victoria y otros soberanos, quizá se habría evitado el rompimiento.

Gravísimo error. Sí se buscó el modo de propiciar á Elisabeta hasta el grado de invitarla al Concilio de Trento; pero su respuesta fueron las sangrientas ejecuciones de Tyburn y las bacanales de la Sala Estrellada. No quedó más recurso que sufrir; pero para sufrir con fruto, era indispensable mantener vivo el sacerdocio, y reclutar incesantemente levitas y mártires; de otra manera se habría perdido allí el catolicismo, como sucedió en el Japón, por falta de jerarquía y ministros evangélicos.

Con este fin se fundaron los Seminarios de Roma, de Valladolid, de Rhems y Douay. Con este objeto los recién ordenados misioneros se introducían de nuevo en su patria, á veces sin más éxito que el de ensangrentar un patíbulo ó regar con lágrimas un calabozo; pero en último resultado, manteniendo vivo el fuego sagrado, hasta que sonó la hora de redención.

Esta, ¡quién lo creyera! vino traída por la Revolución Francesa y por las guerras en que envolvió al Reino Británico. Fué preciso conciliar á los súbditos católicos; y de aquí nació la llamada *emancipación*, y la abrogación práctica de las draconianas leyes penales. Fué preciso dar hospitalidad á los desterrados de Francia y crear centros de conspiración para que los emigrados pudieran organizarse y regresar en ar-

mas á la restauración de sus reyes; y esto abrió la puerta á centenares de sacerdotes franceses, que formaron nuevas misiones é hicieron multitud de prosélitos. Los colegios establecidos en el extranjero, se trasladaron con sus cuadros de profesores á la isla antes inhospitalaria, y formaron otros tantos focos de ciencia y de letras, precursores de lo que se llamó el grande movimiento hacia Roma.

Este movimiento estaba en toda su fuerza, en la época en que me cupo la suerte de conocer á sus insignes autores. La Universidad de Oxford, envió á sus más sabios doctores á los pies del Cardenal Wiseman á solicitar el bautismo y las órdenes. El fervor inseparable de todo neófito, se alió á la fe inquebrantable de los cristianos viejos, y juntos empezaron á trabajar para que la fe reviviera, no sólo en el fondo de los hogares, sino en la sociedad.

Yo todavía alcancé no pocas de esas iglesias sin campanario, sin fachada, sin cruz, sin imágenes exteriores, disfrazadas bajo la forma de establos, y rodeadas de caballerizas, con puertas de enormes cerrojos á guisa de castillos, y guardadas por atléticos cancerberos que excluían á todo desconocido. Yo he vivido lo suficiente para ver transformadas en verdaderos templos estas vergonzantes capillas, y surgir nuevas iglesias, grandes, bellas, majestuosas, á la altura de las Basílicas Romanas.

La última ha sido la Catedral de Westminster, apenas abierta hace algunos meses. No bastaba construir

un santuario sin pretensiones. Debía surgir como digna rival, frente á frente de la antigua abadía, hoy en manos de los protestantes, y á pocos pasos de distancia, y para mostrar la vitalidad de la Iglesia y probar al mundo que el católico del siglo XIX no ha degenerado de sus antecesores del undécimo, se necesitaban tesoros. Se buscaron y se encontraron. El segundo Arzobispo Westmonasteriense, el Cardenal Manning, logró comprar el terreno para el edificio, y allí se vió obligado á detenerse. Cupo al tercer Arzobispo, el Cardenal Vaughan, la gloria de empezar y de llevar á cabo en pocos años la construcción de la suntuosa catedral.

No bastaban para ello los recursos de la católica Inglaterra. *Esas mil y mil naves cargadas de riquezas*, que el poeta Martínez de la Rosa, y con él más de un viajero, *vió en el Támesis umbrío*, no pertenecen á los católicos ni puede la Iglesia extender la mano para cogerlas. Fué preciso enviar mensajeros á derecha y á izquierda por todas las regiones de Europa. Al hermano del activo Cardenal, que ha promovido estas festividades, tocaron en suerte la vieja España y sus hijas de América. y aquí lo tenéis.

La Catedral está terminada: la capilla del Augustísimo Sacramento, cuya construcción se asignó á España y á la América española, se encuentra concluida. Pero aún faltan los suntuosos adornos que deben hacer resaltar en la tierra el Palacio del Rey de los Reyes, y para esto solicita el auxilio de la última de las Repúblicas Americanas que ha visitado, de nuestra

Méjico. Quiere que también ella tenga el honor de haber contribuido á la unión de todas las razas á los pies de Jesús Sacramentado, en la que no sin razón se llama la moderna Babilonia.

No es un sermón de caridad, como os dije al principio, el que he venido á predicar. Únicamente os presento á la católica Inglaterra, y os digo: no es la señora de los mares, ni la dueña de casi todas las riquezas del mundo, la que llama hoy á vuestras puertas. Es la heroica víctima de Enrique VIII y de Elisabeta, es la valiente Amazona que por casi tres siglos ha luchado y sufrido al pie de la Cruz, y que hoy, animada por nuevos bríos y alentada por nueva vida, os tiende, por una parte, su diestra en actitud suplicante, y por otra, os ofrece, en nombre del cielo, la eterna recompensa prometida por Jesucristo, al hermano que ayuda al hermano; al samaritano que vierte óleo y vino en las heridas de su prójimo; al discípulo que da siquiera un vaso de agua al discípulo en nombre del Señor, á quien pido derrame sobre vosotros sus bendiciones.

